

La vida más*

C H A R L E S M E L M A N

Escrito luego del viaje de trabajo que hizo en agosto del 2004 empezando por Bogotá, este texto resulta ser una valiosa síntesis de las reflexiones y observaciones de Charles Melman sobre la situación política y el poder en la modernidad, especialmente, América Latina. "La vida más" quedó de postfacio a la nueva edición de su libro L'homme sans gravité, incluido en la colección de bolsillo Folio en 2005¹.

Agosto de 2004 –En el aula de la Universidad en Bogotá, empezando nuevo semestre, los estudiantes se apresuran, mezclados con profesores de diversas disciplinas, para escuchar al psicoanalista francés invitado a hablarles de “lo que hace autoridad hoy”.

El joven y brillante profesor de psicología Pío Eduardo Sanmiguel, que lo traduce de manera impecable, tampoco se lo cree.

En efecto, según el francés, tres fases han marcado nuestra relación con la autoridad. En la primera, en los orígenes, ella se sostiene a partir de una representación animal: así, el culto por el tótem está inscrito en maravillosas cerámicas precolombinas y se manifiesta en el disfraz zoomorfo horroroso y amenazante de las estatuas con forma humana.

En el segundo período, que para América Latina está marcado por una fecha muy precisa, 1492, se supone que la autoridad toma una figuración humana. Los agentes del Dios, con cara humana que desembarcan de las carabelas, ejercerán además una crueldad predatoria que golpeará con tal estupor las poblaciones postradas ante su tótem, que no se recuperarán de ello. A no ser que los sobrevivientes, que eventualmente estarán más adelante en el poder, retomen el escarmiento de una

* Traducción Ramiro Ramírez. Psicoanalista en Medellín.

¹ Charles Melman, Entretiens avec Jean-Pierre Lebrun, *L'homme sans gravité. Jouir à tout prix*, Ed. Denoël, Coll. Folio Essais, marzo 2005, París.

forma única de economía fundada en el pillaje de sus propias riquezas y la explotación inmisericorde de su pueblo.

La tercera fase empezó en Europa un día de fiesta, el 9 de noviembre de 1989, señalado por la caída del muro de Berlín. Al mismo tiempo que éste, se derrumbaba, además del comunismo, la voluntad colectiva de dominar los procesos económicos: se proclamó la muerte de las ideologías políticas.

La influencia social del modelo liberal es el efecto lateral de una ideología que, de por sí, es productivista y se nutre de la certeza de que el enriquecimiento global se da para beneficio de todos: es el modelo norteamericano. ¿Por qué bregar en repartir la penuria si la abundancia propicia una distribución satisfactoria espontánea? La elevación rápida del nivel de vida en los países emergentes parece, al respecto, ejemplar. Al poder político se le juzgará desde entonces sobre su capacidad de favorecer el alza del Producto Nacional Bruto, disimulando al mismo tiempo que se somete a un proceso que lo domina. Hasta el punto de ver su expresión democrática subvertida cuando se propone reparar las desigualdades excesivas que ha engendrado. La crisis económica puede, de esta manera, oponer a la huelga una forma insurreccional aun más decisiva.

La modificación esencial operada después de Marx consiste en que ya no se trata de un conflicto entre dos clases, sino de la solidaridad conflictiva de grupos de interés que el poder político busca pilotar en las mejores condiciones para el conjunto. En un contexto donde se supone que el enriquecimiento individual depende del de la colectividad, la suerte de los trabajadores parece ligada a la fortuna de las empresas; y ésta, en cambio, depende del poder adquisitivo de los asalariados; lo pueden ver en Keynes.

Pero esa concurrencia de voluntades, cuyas contradicciones se regulan sobre la preservación de la solidaridad, oculta el hecho principal: que ya no hay una sola en posición de dominio. Ellas están igualmente sometidas, aunque sea con beneficios diferentes, al sostenimiento de un flujo de producción, de intercambios y de consumo donde el único elemento material constante es el objeto. No hay más piloto en el avión en el que estamos todos embarcados; en el puesto de él, en su asiento, está (¿será para tranquilizarnos?) el objeto.

Es el objeto el que, después del dios con figura animal y luego humana, advino: es él quien está investido de la autoridad en nuestra actual tercera fase.

Es cierto que su representación puede ser diversa, no obstante se reconoce por el carácter único e idéntico de su promesa: un goce realizado y sin límite.

Al dios de la ley moral lo sustituyó el imperativo del “*plus de goce*”.

Este objeto que nos rige no es para nada el del fantasma propio de cada uno, sino el sustituto que supuestamente le es equivalente, gracias a la propiedad (que le debe al genio tecnológico) de poder saturar al extremo los orificios del cuerpo. Dicho de otra manera, la alienación resulta allí renovada: ya no concierne al yo [*moi*] tomado en su relación con el Ideal sino al yo [*je*] cautivo de un goce cuya modalidad colectiva ahoga la existencia singular.

Uno de los sentidos de la globalización es afirmar la universalización exitosa de la ética nacida de la tecnología, allí donde ha fracasado la moral de la prohibición propia del Padre de todos.

El público del auditorio colombiano mostró con sus preguntas que mis palabras le habían parecido tan límpidas como el aire andino que bañaba la ciudad ese día.

Era invierno en Santiago de Chile, mi etapa siguiente. No obstante, la amistad me permitió cenar con el presidente del Partido Socialista, sucesor de Allende. Le fue necesario a mi huésped forzar su humor para olvidar el fracaso que acababa de sufrir en el Parlamento, en el que un gobierno de centro-izquierda (P. S., Democracia Cristiana y Verdes), aunque mayoritario, se había negado a gravar con el 5% las ganancias obtenidas de la extracción del cobre. La representación legal de este país independiente se ve todavía impedida, aun sin presión aparente, de darse los medios financieros para un sistema de seguridad social. El obstructor podría por cierto tener rostro norteamericano. Pero la realidad es probablemente más compleja, ya que son las cotizaciones mundiales del metal y la rentabilidad de los capitales invertidos quienes deciden de la viabilidad de una extracción.

Por último pasé por Río de Janeiro, donde se me confirmó la decepción causada por el carácter limitado de las reformas que la “coyuntura económica” impone al primer presidente honesto de izquierda que ha conocido el Brasil.

Durante más de veinte años yo había visto madurar la esperanza que sostenía Lula; ésta se ha convertido ya en un “realismo” depresivo.

He señalado antes las múltiples facetas del objeto que ha venido a habitar hoy la casa del gobernante. No obstante, tiene un rostro único en ese magnífico país que es Colombia, y el auditorio de allá pronunció sin pena su nombre: la coca. Su producción y su comercialización son la causa de una guerra civil que dura desde hace sesenta años y que resulta refractaria a todas las iniciativas políticas o militares. Es el ejemplo crudo de una autoridad que se impone tanto a la economía como a los

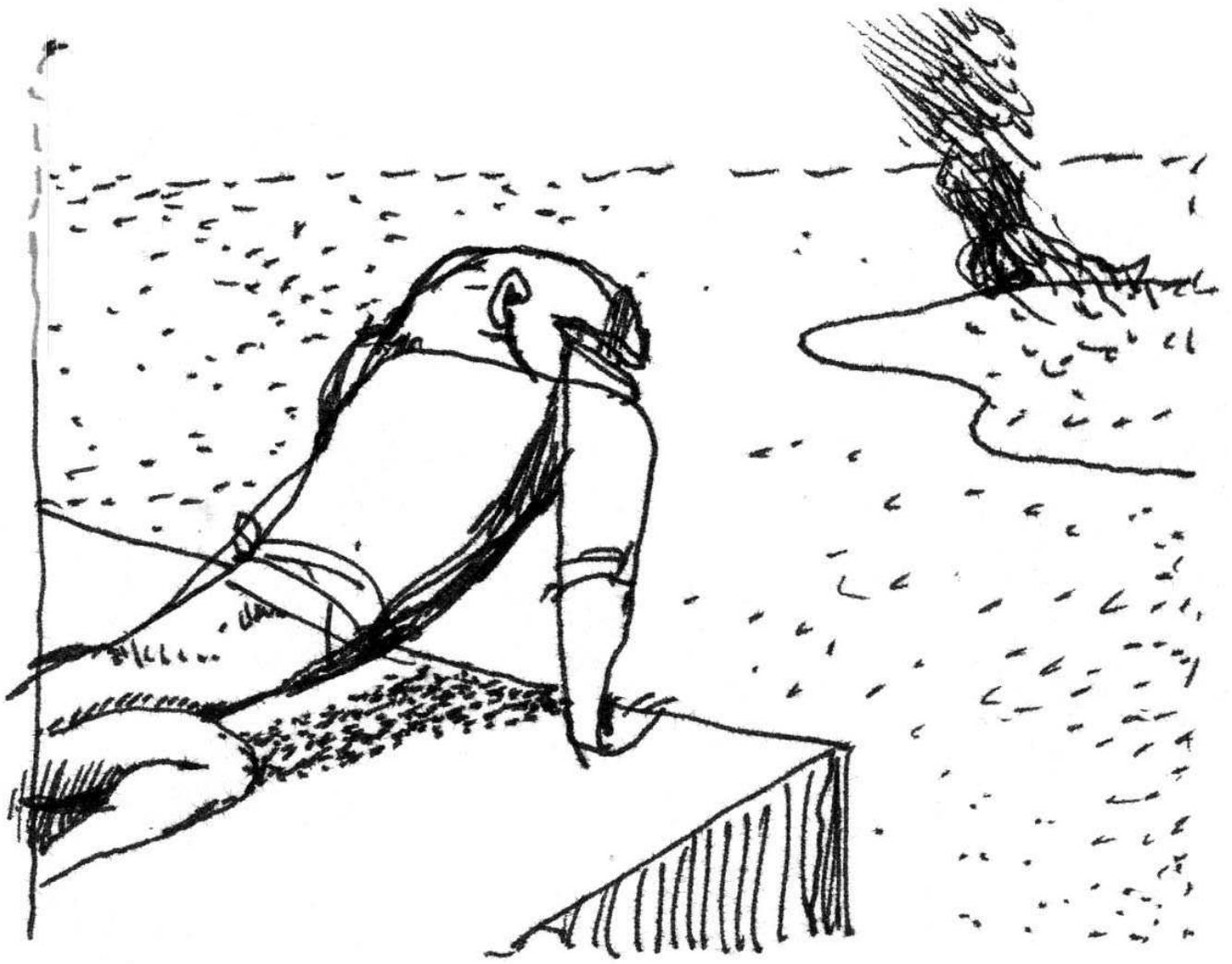
espíritus y que regula la vida cotidiana sin dejarse afectar por los que ella indigna. Desde el más hábil, hasta el más valiente, nada pueden hacer. Salvo anular la rentabilidad excepcional de este producto en un mercado estimado anualmente en quinientos mil millones de dólares.

Bastaría para eso con despenalizar su uso y hacerlo accesible a precio de costo; se podrá comprobar que esta medida no afectará casi el número de consumidores. En cambio, es el conjunto del país el que resultará librado de una economía que se ha vuelto, por extensión, fuera de la ley.

Uno se sorprenderá de que en las instancias internacionales, los norteamericanos, supuestamente los primeros en padecer por la droga colombiana, se opongan a esta medida, a pesar de su evidente necesidad, lo que nos lleva a interrogarnos sobre la diversificación de sus inversiones.

La droga es evidentemente emblemática de esta *vida más* que nos propone la transformación cultural en curso y que nos hace depender de nuestras propias producciones. Pero ya no es posible conceder a éstas algún amor ni la menor preocupación por la criatura adicta a ellas.

¿Y quién será el guardián de nuestras existencias? no podemos reducirlas a su longevidad, cuando se sabe el menosprecio que tenemos espontáneamente por ellas.



Fuego en el mar